

La complejidad de muchos de estos sistemas presentaba a veces más problemas de los que resolvía, pero muchos de estos modernos nomotetas percibieron de una u otra forma lo que Eco acepta hacia el final de su libro: si bien no es posible ni sencillo pensar en una lengua perfecta con aspiraciones a la universalidad, sería conveniente entonces pensar en una Lengua Internacional Auxiliar, mediante la cual se evitaran las hegemonías lingüísticas producidas por factores políticos y económicos, y se permitiera así la comunicación de unos pueblos con otros mediante una lengua convenida.

No obstante, me temo que esa aspiración, si bien más modesta, también resulta utópica, pues dada la diversidad de idiomas es muy difícil pensar en una sola Lengua Internacional Auxiliar, pues aun tentativas como el *esperanto* son muy limitadas por su íntima relación con determinadas lenguas, como el latín y las lenguas germánicas y eslavas, en el caso de éste. Además, es pertinente recordar que la difusión y hegemonía lingüística está más en función de la política y la economía que de la gramática y la fonética.

La construcción de una lengua perfecta, ya sea tan transparente como un lenguaje icónico o tan secreta como una esteganografía (escritura basada en claves numéricas), puede convertirse en una ocupación fascinante y abrumadora, como lo fue para muchos de los nomotetas que reseña Eco. No obstante, el lenguaje es algo vivo que se reproduce entre la gente, que se plaga de neologismos y se dialectiza sin ningún control; de hecho, es muy posible que, sin pararse a considerar sus posibilidades, la voluntad de controlar el lenguaje por medio del que se expresa la gente y ceñirlo a normas y reglas muy específicas, sea una aspiración más próxima al totalitarismo que a una verdadera tentativa irenista. ♦

Umberto Eco: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Crítica, Barcelona, 1994. 318 pp.

Cuidado con el perro

GUILLERMO SHERIDAN

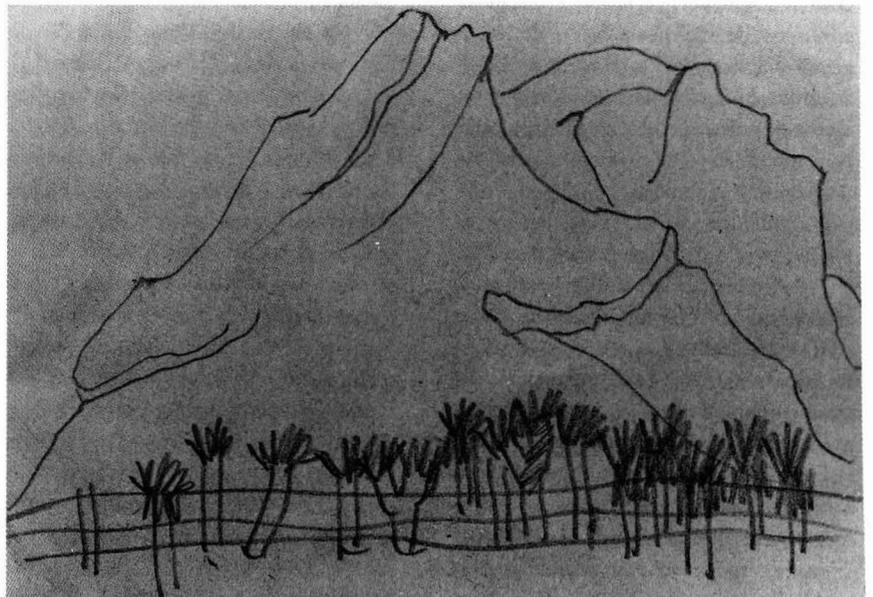
El azar hizo gemelos a los libros *La gruta tiene dos entradas*, de Adolfo Castañón, y *Cartas de Copileco*, de mi autoría. Son gemelos heterocigotos, de los que no se parecen en nada. Incluso la promiscuidad de la imprenta logró que una página de mi libro se las ingeniara para colarse al de Castañón. Debo decir que esa, la mejor página de mi libro, es la peor del suyo. En fin, que a pesar de que nacieron juntos en la Editorial Vuelta, tienen tan poco en común como esas hermanas que en las novelas de Henry James se miran sin entenderse durante trescientas páginas. Cuando aceptamos que se presentaran al alimón, anuncié que lo que diría iba a ser que el de Adolfo es el libro que me hubiera gustado escribir a mí. A su vez, Adolfo dijo lo propio, pero por afición a la simetría. La verdad es que yo tolero mis libros mientras que Adolfo necesita los suyos, aunque menos que nosotros.

El hecho de que sean casi veinticinco los años en que Castañón y yo somos amigos explica la siguiente evocación, más pro-

pia de los veteranos que nos negamos a ser. Para probarlo, seré breve. Sostenemos una amistad que abreva de la curiosidad de lo que es el otro y que, en mi caso, está rayada de envidia desde que lo conocí gracias a Huberto Batis, con quien ambos estudiábamos teoría literaria de tiempo completo. Batis me sugirió que colaborara en una revista que acababa de fundar Adolfo. Esa honrosa revista juvenil se llamó *Cave canem*: cuidado con el perro, como avisaba el célebre mosaico de la cenicienta Pompeya.

La revista tuvo variados méritos. No el menor fue que supiera morir a tiempo, como ordenan los cánones a las revistas juveniles, esos estornudos impertinentes en el salón de los prestigios. *Cave canem* apareció en dos ocasiones, con varios meses de diferencia y yo colaboré en uno de ellos.

Desde entonces acarreamos nuestras improntas. Castañón escribía, excavaba, en *Cave canem*, ensayos obtusos sobre autores como Maurice Blanchot. Yo aporté un es-



Apunte del Istmo, 1929, lápiz/papel

crito ruidoso sobre Ionesco, un dramaturgo que me gustaba. Castañón tenía predisposición a especular sobre profundas materias y a hablarse de tú con la inteligencia; yo, hacia las sospechosas recompensas de la parodia y la callada alharaca del cinismo. Los libros a los que me refiero muestran que perseveramos en nuestras divergencias.

El título que eligió Castañón para su revista es elocuente: *Cuidado con el perro*. A Castañón le gustan los perros no sólo como las bestias suficientes que son, sino —pasados por los muchos filtros de su erudición, su afecto por las paradojas y su fidelidad a los mitos— como creaturas inexpugnables y cifras cuadrúpedas de enigmas superiores con los que a veces elabora aforismos extravagantes (“Hay piernas que se encariñan con los perros que las muerden”). Creo que más que suponer que el perro era la revista que prevenía a sus lectores de los afilados colmillos —aún falderos— que los aguardaban adentro, el nombre era un aviso que el director mismo se daba respecto de la riesgosa literatura.

Quizá se pueda conjeturar que si uno tiene que merecerse su nombre de pila, en el caso de los escritores el compromiso con el nombre de su primera revista es aún más exigente. Algunos logran acreditarlo: Xavier Villaurrutia se mereció su *Ulises*; José Lezama Lima sus *Orígenes*, Octavio Paz su *Barandal*. Castañón ha procurado merecer el nombre de la suya con tenacidad: se ha merecido su nombramiento de anfitrión de la casa literaria mexicana como otros críticos meritorios, y a la vez se ha responsabilizado de vigilarla a fuerza de inteligencia y desinterés. Castañón ha hecho de la crítica una exigente hospitalidad y un ejercicio práctico del cuidado necesario para que la casa se conserve lúcida para moradores y visitantes.

Aludí líneas arriba a la envidia. Lo que me da envidia de *La gruta tiene dos entradas* —esta otra empresa con nombre de koán— es lo placentero que debe ser estar en posesión, como Castañón, de un mundo literario tan alerta e integrado a un sistema crítico, primero, y luego de un sistema crítico tan integrado a un modo de vida. Se trata de un sistema crítico ajeno a las mezquindades utilitarias de profesores, sociólogos y mercaderes. Sin hacer de esto tampoco un *casus belli*, Castañón vive la literatura de un modo que ahora los relapsos de la academia vuelven a con-

siderar relevante después del forraje pedagógico, la ordeña de sociologías y la ríspida ciencia. Su propósito, escribo “Para saber qué pienso” no se ha alterado nunca.

Como Harold Bloom en su reciente *The Western Canon*, pero sin su mercadotecnia de rebeldía, Castañón vive su vida de lector sin otro interés que el de ensayarse a sí mismo en el laboratorio de los libros fundamentales. La crítica no es para él escenario sobre el que un lector justiciero, frente a un público de cuadernos abiertos o pancartas en blanco, soslaya la responsabilidad de leer o purga con papel las injusticias de la historia. Su reto es superior y más difícil: la crítica como ejercicio íntimo en el que un lector habla cara a cara con un escritor y asume la responsabilidad de entender que ya no es el mismo.

A esto Castañón lo llama pasear, apuntar, peregrinar por la claroscuro gruta de la inteligencia literaria. Una gruta a la que se ingresa por la doble entrada del amor a las letras y la necesidad de compartir con otros lectores la espeleología resultante. Castañón abre su libro con un brillante ensayo sobre Michel de Montaigne, de quien es devoto, y que es paradigma de esa doble exploración: el solitario que explora el camino bifurcado de la erudición y la intimidad, el viajero solitario que con “Un verso de Virgilio” descubre y se descubre, accede a la revelación de lo que piensa y de cómo lo piensa, de lo que siente y de cómo lo siente sin otro propósito que el de “divertir a un vecino, a un pariente, a un amigo”.

No es casualidad que el nombre del libro venga de la *Odisea*, ese manual de buenas costumbres existenciales y críticas caro a la tradición moderna de México desde Alfonso Reyes y Xavier Villaurrutia. Como ellos, Castañón navega en aguas extranjeras porque no cree que haya diferencia sustancial con las propias. Su gruta tiene dos entradas también porque la casa de las letras mexicanas es casa de dos puertas. Como Ulises, el diablo patrono de los curiosos, Castañón entrega en este libro su “autobiografía espiritual y moral”, narraciones de sus peripecias de lector foráneo y ensayos en los sentidos teatral y químico del término. Un ensayarse que es también una admonición y una convocatoria.

Una admonición contra el cepo que la “patética sensibilidad hispánica” ha co-

locado en el tobillo del ensayo literario en español, contra el género que desde Montaigne “declina todo propósito edificante y asume una actitud apática hacia la historia o hacia la salvación de la humanidad”, para mudarlo en “vehículo de una filosofía o de una historia de las ideas americanas en perjuicio de la expresión humana y autobiográfica”. Y una convocatoria práctica e ilustrada a recuperar el ensayo literario como *otium*, no como *negotium*, como un asueto en el que la libertad aspira a descubrir el auténtico rostro. Todo con una erudición sin afeites, una sabiduría integral y una práctica de la lectura ejemplar en días en que la literatura mexicana deviene pingüe negocio civil o correcta filodoxia de solapa, y en que la crítica otra vez se ampara en “presagios ideológicos, efusiones nacionalistas o filosofías municipales”. *Cuidado con el perro*.

Lo que Castañón defiende en el primer ensayo de la gruta, y practica luego en los siguientes, es la responsabilidad de recuperar a la literatura en un ejercicio moral e inteligente ajeno a toda certificación apriorística; en un ensayo de incertidumbres, conjeturas, dudas e interrogantes que nos permita, en efecto, “saber qué pensamos” cuando pensamos por escrito. La historia, los singularismos, la justicia, podrán luego venir a beber de esas aguas, más serenas y menos turbias gracias a quienes han ensayado en ellas su individualidad.

No puedo ponderar suficientemente la guía de disciplina intelectual que es este libro. El recorrido sobre las rutas anfibias de Voltaire a Kafka o de Malraux a Calvino, es también una aguda autobiografía de lealtades y filiaciones que carece de paralelo en mi generación, y que la eslabona meritoriamente a la tradición de Ulises. Castañón nos exige así, sobre todo a sus vecinos generacionales, un ejemplo y una depurada conciencia de la responsabilidad que se deriva de vivir leyendo y escribiendo.

En alguna parte de este libro —“el árbol que cada cual ha de sembrar en el interior de sí mismo”— Castañón menciona que toda obra literaria se debe en algo a los amigos que han acompañado la vida de su autor. Me halaga imaginar que un giro de las ideas o el recurso de una metáfora, quizá, en algo se debe a quienes lo hemos acompañado, y seguido, hacia esa luminosa gruta de papel. ♦